

CONSUMO Y OCIO: DOS FACTORES POCO COMPATIBLES EN LA AGRICULTURA FAMILIAR

por Josepa CUCO I GINER



1. INTRODUCCION

Aunque restringido al ámbito de una pequeña comunidad del País Valenciano, la meta del presente estudio¹ es poner de relieve algunos de los rasgos que caracterizan la progresiva adaptación e integración de la sociedad rural a las formas de vida de la sociedad industrial y urbana. Tomando como punto de partida la elevación del consumo comunitario, el análisis pretende mostrar cómo los mismos factores que posibilitan un aumento generalizado del nivel de vida y del consumo de bienes, obstaculizan la adopción de otro elemento ligado a la expansión del modelo cultural urbano. La hipótesis que, en concreto, se plantea es que la intensificación-diversificación del trabajo de la familia campesina, al tiempo que se revela como factor clave en el gradual proceso de asimilación del consumo urbano, incide negativamente en el disfrute de una mayor disponibilidad de tiempo de ocio. Por otra parte, la expansión en la comunidad de nuevas actividades no agrarias, que permiten una mayor dedicación al esparcimiento y disfrute personal, serán elementos que originán nuevas diferencias en su interior.

En aras de una mejor comprensión del planteamiento y ulterior desarrollo de esta investigación, es necesario realizar un bre-

¹ El trabajo que aquí se presenta es una versión parcial y modificada de una obra más amplia publicada en 1982: *La tierra como motivo. Propietarios y jornaleros en dos pueblos valencianos*. Publicaciones del Institut Alfons el Magnanim, Diputación Provincial de Valencia.

ve bosquejo de las características que, en la actualidad, conforman la comunidad objeto de estudio. La Pobla del Duc se encuentra situada en una comarca del «secano consistente» valenciano (la Vall d'Albaida); su población se ha mantenido relativamente estable a lo largo del presente siglo, y hoy en día cuenta con unos dos mil seiscientos habitantes. La actividad económica predominante es una agricultura comercial e intensiva, altamente modernizada y tecnificada, centrada casi con exclusividad en el cultivo de la vid para la producción de uva de mesa. El impacto del proceso económico general —unido a la especificidad de sus condicionamientos físicos, demográficos y económicos—, ha supuesto que su particular desarrollo siguiera un modelo o vía de transformación que puede considerarse atípico en el conjunto del País Valenciano. Mientras que en las comunidades rurales valencianas la agricultura a tiempo parcial supone la solución más generalizada al deterioro del nivel de rentas agrarias y al estímulo continuado de aumentar sus niveles de consumo², el caso de la Pobla representa una salida casi excepcional, por cuanto su escasa extensión en el resto del País y su total difusión en el interior de la comunidad: la del reforzamiento de la agricultura familiar, aquella que salvo contingencias especiales no utiliza mano de obra asalariada y que sólo ocasional y esporádicamente vende su fuerza de trabajo a otros propietarios agrícolas.

2. NIVEL DE VIDA Y CONSUMO COMUNITARIO

Sobre la base de las nuevas condiciones económicas, tiene lugar en la comunidad una relativa igualación de las rentas familiares, un aumento generalizado del nivel de vida y un incremento considerable del consumo, el cual se revela —tal y como veremos a continuación— equiparable al existente en las zonas urbanas. Este hecho se refleja en la encuesta realizada³, que recoge

² Fenómeno a cuyo conocimiento ha contribuido recientemente E. Arnalte con su estudio *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*, Servicio de Publicaciones Agrarias del Ministerio de Agricultura, Madrid, 1980.

³ La recogida de datos mediante encuestas tuvo lugar en un sólo día (Febrero del 79) gracias a la colaboración de ocho estudiantes de Sociología de

una opinión casi unánime sobre la notable mejora de las condiciones locales de vida⁴ y la sensible disminución —o incluso desaparición— de las diferencias socioeconómicas existentes en épocas anteriores entre las distintas familias del pueblo⁵. Esta actitud positiva frente a los cambios ocurridos, se acompaña de una clara conciencia de que, en la base de tales mejoras, se encuentra el enorme e incesante esfuerzo realizado por la mayor parte de familias que integran la comunidad⁶.

la Fac. de Fil. y Ciencias de la Educación (Univ. de Valencia). Los encuestadores, distribuidos previamente por las distintas calles del pueblo, entrevistaron mediante el sistema casa por casa a todos aquellos que accedieron a contestar, que fueron la mayoría. Tras una jornada apretada de trabajo se alcanzó la meta propuesta: obtener una muestra aproximada de un 25 % del total de familias y un 10 % del total de individuos mayores de 15 años, sobre un universo respectivo de 711 familias y 1.834 individuos. Se suministró una sola encuesta por familia, y el individuo representante de esta fue seleccionado conforme a la muestra-tipo elaborada con anterioridad. El cuestionario consta de 62 preguntas, todas ellas cerradas excepto dos, además de otras cuatro que se refieren a la edad, sexo, estado civil y tamaño de la explotación familiar del encuestado. Las preguntas se agrupan en dos categorías: a) aquellas cuyo objetivo es la adquisición de información general sobre la familia del entrevistado, y b) aquellas cuyo objetivo es la adquisición de información sobre actitudes, opiniones o mentalidad del encuestado. Los principales temas que aborda el cuestionario son: identificación del entrevistado, *status* económico, consumo, tiempo libre y opiniones sobre aspectos diversos de la realidad comunitaria.

⁴ Un 89,72 % de los entrevistados opina que la gente del pueblo vive ahora mejor que antes, mientras que sólo un 1,47 % piensa que su situación actual es peor que en épocas anteriores. El porcentaje restante se distribuye entre los que opinan que su situación no ha cambiado (un 8,08 %) y los que no contestan (un 0,74 %).

⁵ Las respuestas a la pregunta «las diferencias entre las familias del pueblo —nivel de vida, etc— fueron las siguientes:

— han disminuido pero aún quedan	47,07 %
— han desaparecido	38,24 %
— continúan igual	10,29 %
— otras respuestas	1,47 %
— no sabe, no contesta	2,94 %

⁶ Las respuestas a la pregunta «¿por qué la gente vive ahora mejor?» fueron:

Cuando se habla de consumo, uno de los primeros requisitos es analizar el nivel alcanzando por las rentas familiares. Pero su cálculo resulta más que difícil en una comunidad como la estudiada, donde la base económica es predominantemente agrícola y se practica una agricultura de tipo familiar, donde gastos e ingresos se incluyen en un mismo «fondo común», provengan o no de la explotación, de la que sólo excepcionalmente se lleva algún tipo de contabilidad. Aunque el monto total de las rentas nos sea desconocido, conocemos en cambio el presupuesto anual familiar que, en un 75% de los casos, supera las 300.000 pts.⁷, oscilando el presupuesto medio mensual en torno a las 30.000 pts. Presupuesto que no incluye ni los gastos de la explotación familiar, ni el consumo de bienes duraderos, tales como electrodomésticos, automóviles u otros vehículos, adquisición y transformación de viviendas, etc, etc.

Como muestra de la estructura interna del consumo familiar, presentamos —por una parte— la distribución de los presupuestos de tres familias, cuyas características específicas y diferenciales las hacen representativas de la mayoría de la comunidad por cuanto que: a) todas ellas tienen una explotación de tamaño intermedio, cuya superficie oscila entre 60 y 100 hanegadas (4,83 y 8,33 Ha.), que es el más generalizado⁸; b) el trabajo en la ex-

— porque ha podido comprar tierra y la propiedad está más repartida	24,26 %
— porque los jornales han subido	5,15 %
— porque la gente trabaja mucho	56,64 %
— porque la cosecha se paga	8,82 %
— no sabe, no contesta	5,15 %

⁷ Cuando se preguntó «¿cuánto dinero piensa Vd. que su familia necesita para pasar el año?», las respuestas fueron:

— unas 200.000 pts.	7,35 %
— unas 300.000 pts.	30,17 %
— unas 400.000 pts.	22,05 %
— unas 500.000 pts.	12,97 %
— otras respuestas	8,08 %
— no sabe, no contesta	18,38 %

⁸ Según el Censo Agrario del 72, este tipo de explotaciones supone un 62,2% del total. Datos corroborados por aquellos procedentes de la Cooperativa Vitivinícola de la localidad (año 1979).

plotación ocupa a pleno tiempo a los tres cabezas de familia, lo mismo que al 56,45% del total de los hombres casados; c) como una buena parte de las mujeres casadas, un 58,83% del total, las tres esposas trabajan, ya sea en la explotación o en el negocio familiar, ya compaginando el trabajo en la primera con el realizado en un almacén de confección y manipulación de frutos⁹; d) en dos casos se comercializa familiarmente el producto, al igual que en el 80% del total de las familias, mientras que en el tercero se vende la producción al comercio privado; f) el autoconsumo, pese a ser relativamente bajo y hallarse centrado en la cría de algunos animales domésticos —gallinas y conejos—¹⁰, persiste en las familias en que los padres son de mediana edad (casos A y C), mientras que es inexistente en las generaciones más jóvenes (caso B).

Distribución del presupuesto anual en tres familias. 1978

Concepto	A		B		C	
	Pts.	%	Pts.	%	Pts.	%
Alimentación	112.000	40,55	229.588	50,85	161.203	53,47
Limpieza	7.500	2,71	26.000	5,76	16.690	5,89
Gtos. gen. ¹	24.700	8,94	39.920	8,84	37.640	13,30
Vestido	25.000	9,05	58.000	12,85	35.000	12,37
S.S. y sanid.	33.000	11,94	73.160	16,12	17.400	6,14
Varios ²	74.000	26,81	25.000	5,54	25.000	8,83
TOTAL	276.200	100	451.080	100	282.933	100

¹ Contribución urbana, agua, luz, butano, teléfono

² En la familia no se incluyen las 1.000 pts. semanales de «paga» al hijo.

Fuente: Elaboración propia a partir de informaciones directas.

⁹ Un 50% de los jóvenes solteros trabajan plena —un 23%— o parcialmente —un 27%— en la explotación familiar, mientras que un 52% de las jóvenes solteras realizan trabajos asalariados.

¹⁰ Un 50,82% de las familias crían conejos y/o gallinas para el consumo doméstico, mientras que un 30,14% cultiva algún producto para el consumo de la familia.

Tal y como se desprende del cuadro precedente, tanto los presupuestos de estas familias, como su distribución interna, no parecen mostrar grandes diferencias con los que caracterizan a una familia urbana, al menos a nivel de obrero industrial o trabajador de la construcción. Así, la alimentación supone la partida más importante de los gastos habituales, seguida de lejos y en proporciones diversas por la sanidad y seguridad social, el vestido y los gastos generales, en los que se incluye la contribución urbana, la energía doméstica, el agua, el teléfono, etc.

Pero este panorama del consumo interno de la comunidad sería parcial o incompleto si no viéramos en qué medida participan las distintas familias en el proceso de diversificación y expansión del consumo, para lo que se hace necesario recurrir al grado de posesión de determinados bienes. Ante la imposibilidad práctica de considerar uno por uno toda la serie de bienes ligados a las necesidades básicas y a los bienes superfluos, se han seleccionado unos cuantos, que fueron incluidos en la encuesta realizada. La información obtenida al respecto fue la siguiente:

a) Posesión de electrodomésticos (cada uno de estos porcentajes hace referencia al total de encuestas realizadas):

frigorífico	99,27%
cocina con horno	84,56%
lavadora automática	69,13%
lavadora no automática	9,55%
friegaplatos	0,00%
batidora	34,55%
ducha con agua caliente	89,71%
magnetofón	52,21%
transistor	72,42%

b) Sobre la propiedad de la vivienda:

es propia	63,98%
es de los padres	25,73%
es alquilada	8,82%
otras respuestas	1,47%

c) Estado de la vivienda (si ha sufrido transformaciones en los últimos diez años):

transformados baño y/o cocina	17,64%
casa nueva o totalmente renovada	42,06%

otras reformas	21,30%
ninguna reforma	19,00%

d) Los vehículos no agrícolas que posee la familia:

uno o más coches	36,02%
una o más motos	11,76%
coche y moto	35,31%
ninguno	16,91%

Si se comparan los datos presentados con los que proporciona la *Síntesis actualizada del III Informe FOESA. 1978*¹¹, se observa como los vecinos de la Pobleja gozan de un nivel de consumo que podríamos calificar de envidiable con respecto a una buena parte de los consumidores rurales del Estado Español. El que el presupuesto ordinario familiar oscile en torno a las 30.000 ptas. mensuales es indicador de una renta relativamente elevada y, sobre todo, saneada, en especial si se recuerda que de él no forman parte los gastos en bienes duraderos. Además, los productos más generalizados no son solo aquellos cuyo consumo ha dejado de depender de la renta (frigorífico, radio o transistor, televisión o piso propio), sino que algunos de ellos son bienes cuyo consumo depende esencialmente de esta (lavadora automática, magnetofón y coche). Solamente no existen o están poco generalizados, aquellos que únicamente se consumen a partir de los niveles más altos (lavaplatos automático, tocadiscos, etc.)¹².

Al tiempo que los modelos urbanos de vivienda, equipamiento doméstico y consumo de bienes se convierten en dominantes, se aprecia en la comunidad una apertura casi total al consumo en el exterior: los vestidos y adornos personales, el mobiliario e incluso parte de los productos alimenticios se adquieren preferentemente en los centros urbanos más o menos próximos —Xàtiva, Gandia, y Valencia por orden de preferencia—, los cuales se convierten a su vez en polos de atracción para el disfrute del tiempo libre (discotecas, *pubs*, restaurantes, etc.).

Los rasgos característicos que presenta el consumo comunitario demuestran, en definitiva, que ya no es posible establecer

¹¹ Fundación FOESSA, *Síntesis actualizada del III Informe FOESSA-1978*, Ed. Euramérica, Madrid, 1978, pp. 526 y ss.

¹² Tales son los indicadores que establece el Informe FOESSA, op. cit., pp. 531-532.

una diferenciación entre dos tipos de consumo, el rural y el urbano, pues ambos se conforman a un mismo modelo, el que dicta la sociedad global, inmersa en un proceso acelerado de industrialización. En todo caso, lo que posiblemente podremos encontrar son distintos grados y niveles de integración a ese modelo, cuya implantación progresiva implica siempre una reducción de las condiciones específicas de la vida rural. El efecto demostración de los nuevos hábitos y necesidades tiene tales efectos sobre la sociedad rural, ejemplificada en este caso por una pequeña comunidad, que quiebra su tradicional inhibición frente al consumo, produciendo en ella una creciente orientación hacia el exterior y una adhesión generalizada hacia las formas de vida de la sociedad urbana e industrial.

3. LA INTENSIFICACION DEL TRABAJO DE LA UNIDAD FAMILIAR: UN FACTOR CLAVE EN EL PROCESO DE ASIMILACION DEL MODELO DE CONSUMO URBANO

Que el consumo en una pequeña comunidad rural se adecue a las pautas urbanas no es ni mucho menos excepcional; antes bien, es un ejemplo más que confirma la inexorable expansión del modelo cultural urbano. Lo peculiar es que la comunidad haya podido alcanzar un nivel de consumo relativamente elevado sin alterar la orientación de su base económica¹³ y sin expulsar de su seno a una cantidad significativa de población¹⁴. ¿Cómo es posible compaginar estas realidades con el tantas veces repetido deterioro progresivo de las rentas agrarias?

¹³ El sector agrario continúa siendo dominante y ocupa a más del 60 % de la población laboral; sin embargo, su importancia ha disminuido en beneficio del sector secundario y, en menor proporción, del terciario, que ocupan respectivamente al 21,8% y al 15,1% del total de activos (según Padrón Municipal de 1975).

¹⁴ A partir del segundo tercio del presente siglo, la evolución demográfica de la Población del Duc se caracteriza por su marcada estabilidad. Durante ese amplio lapso de tiempo, la población censal sólo disminuye fuertemente en un año, 1940, a causa de las secuelas que se derivaron de la contienda civil. Concretamente, el saldo migratorio del período 1940-1976 es ligerísimamente positivo y asciende a 19 habitantes.

Para explicar en parte dicho fenómeno, hay que tener en cuenta la relación existente entre el desarrollo que supone la modernización de la agricultura del pueblo y el creciente proceso de industrialización que, a partir de los años cincuenta, está teniendo lugar en el País Valenciano. La primera, si bien implica una mejora del nivel de vida y de las expectativas de futuro, supone también una reducción de la necesidad de mano de obra agrícola. De sobra es conocido por todos el impacto que tiene el segundo en las comunidades rurales, especialmente en las capas más jóvenes de población. Sin embargo, lo que de negativo pudieran tener los dos factores reseñados, se ha visto neutralizado por dos hechos localmente significativos: por una parte, por la expansión de la agricultura familiar, la cual no solo ha asumido toda la fase de producción, sino que desde hace unos años ha absorbido también la comercialización del producto. Por la otra, a causa de la reciente instalación de varias pequeñas industrias, las cuales han generado nuevos puestos de trabajo. Comercialización familiar e industria local que permiten un sustancial incremento de las rentas familiares, absorben el excedente de mano de obra agrícola e impiden un generalizado éxodo rural.

Esta explicación resultaría incompleta si no tuviéramos en cuenta un elemento clave que subyace en todo el proceso. Lo que en concreto se plantea es que tanto los cambios producidos en la estructura productiva¹⁵, como las sensibles mejoras del nivel de vida, han sido posibles gracias al carácter específico del trabajo de la familia campesina. Dicho de otro modo, según sean las necesidades concretas de la unidad de producción-consumo y las circunstancias generales en que se encuentra inmersa, la mano de obra familiar se dedicará íntegramente a la explotación o bien compaginará el trabajo en ésta con el asalariado en el exterior, aumentando o disminuyendo la intensidad de su trabajo en los distintos sectores productivos según las condiciones sean o no favorables y sus necesidades más o menos imperativas.

¹⁵ Los cambios en la estructura productiva agrícola han implicado un acceso generalizado a la propiedad de la tierra, un proceso de concentración de ésta última —que ha supuesto que las explotaciones de tamaño medio se convierten en dominantes—, la mecanización y tecnificación, la especialización acelerada de los cultivos, etc.

Ya en la década de los sesenta, se constataba en el País Valenciano un envejecimiento de los precios percibidos por el agricultor en relación a los que éste había de pagar por la mano de obra o las materias primas empleadas en su cultivo¹⁶. Tal envejecimiento es debido, en primer lugar, a que el aumento de precios de los productos agrícolas está por debajo de los incrementos habidos en los salarios o en las materias primas y, en segundo lugar, a la notable oscilación en los precios de la mayoría de los productos agrícolas, especialmente en los hortofrutícolas, lo cual —a efectos orientadores— es perjudicial para el agricultor. En los últimos años, los gastos de cultivo han continuado la misma tónica ascendente. Según datos procedentes de la Cooperativa local, entre 1975 y 1978, los gastos de cultivo de 1 Ha. de viña de uva de masa en plena producción evolucionaron de la siguiente forma:

*Evolución en números índices de los gastos de cultivo de 1 Ha.
de uva de mesa en plena producción, para 1975-78*

Concepto	1975	1977	1978
COSTES FIJOS TOTAL	100	116	147
COSTES VARIABLES TOTAL	100	120	153
— mano de obra	100	129	154
— util. maquinaria	100	116	193
— trat. abonos	100	108	126
TOTAL GASTOS	100	118	151

— Costes fijos: incluyen tanto la contribución rústica, guardería, caminos y S.S., como aquellos que se derivan de la maquinaria agrícola (combustible, lubricantes, aceite, reparaciones, seguros, chapas, circulación y depreciación anual).

— Costes variables: incluyen abonos, insecticidas y pesticidas, coste de mano de obra asalariada y alquiler de maquinaria agrícola (conductor incluido).

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la Cooperativa Vitivinícola de la Poble del Duc. Marzo 1979.

¹⁶ J. Sorní Mañes, «Algunas consideraciones en torno a la crisis de la agricultura en la región valenciana», en *Revista de Estudios Agro-Sociales*, nº 94, Madrid, 1976, p. 11.

Tal y como refleja este cuadro, el aumento de los distintos componentes de los gastos de la explotación es generalizado. En sólo cuatro años, el precio de las materias primas necesarias para el cultivo de la uva de mesa ha experimentado un crecimiento de un 26%¹⁷, siendo mucho mayor el aumento habido en la mano de obra y la utilización de maquinaria agrícola. Así, en 1975, el jornal agrícola masculino se pagaba a 650 pts. y el femenino a 600 pts., mientras que el precio pagado por alquilar un tractor era de 300 pts./hora; en 1978, estos habían aumentado respectivamente a 1.200 ptas., 1.000 ptas. y 450 pts./hora.

Sin embargo, a la hora de evaluar globalmente los costes de producción, es necesario tener en cuenta dos factores: 1º, salvo escasas excepciones, toda la mano de obra necesaria en la explotación es aportada por la propia familia¹⁸; 2º la mayor parte de las explotaciones disponen de toda la maquinaria agrícola que necesitan¹⁹. Estos factores tienen una enorme importancia, puesto que «al igual que el trabajo doméstico, el trabajo agrícola propio no se reputa como dispendio, suponiéndose que no cuesta nada. Todo lo que proporciona al hogar el cultivo de la tierra es considerado como beneficio neto»²⁰. El trabajo familiar no tiene equivalencia ni en tiempo ni en dinero; de ahí que a la hora de evaluar los beneficios obtenidos de la explotación familiar, el agricultor sólo tenga en cuenta el dinero que realmente ha salido al «exterior». Así pues, del capítulo de gastos habrá que deducir la utilización de la maquinaria y la mano de obra familiar, la renta de la tierra, la amortización del viñedo y de la maquinaria, y el interés del capital. Vistas así las cosas, el panorama cambia por completo y la agricultura aparece como un sector rentable, al menos a los ojos de quienes trabajan la tierra de forma familiar.

¹⁷ En 1975, un kg. de abono valía 10 pts. y en 1978 12,25 pts./Kg.; el sulfato pasa de 110 pts./kg. a 125 pts./kg., y el azufre de 12,20 pts./kg. a 15,24.

¹⁸ Un 74,26% de las explotaciones no utilizan *nunca* mano de obra asalariada, un 4,41% sólo lo hacen excepcionalmente, y un 17,65% la utiliza únicamente en las épocas de más trabajo.

¹⁹ Como muestra de la elevada mecanización diremos que un 50,74% de las explotaciones disponen de motocultor y pulverizador autónomo, y un 18,38% dispone, además, de un tractor.

²⁰ K. Kautsky, *La cuestión agraria*, Ed. Laia, Barcelona, 1974, p. 60

Mientras de su propiedad o de su explotación —en caso de que tenga tierras de aparcería— el agricultor obtenga un salario equivalente o superior al que se paga en el mercado agrícola, se dará por satisfecho, siempre y cuando éste le permita satisfacer sus necesidades o expectativas de consumo. A pesar de que han transcurrido casi cien años desde que Kautsky escribiera su famosa obra, continúa siendo perfectamente válida su definición del campesino, aquel que vende sus productos y no emplea, o emplea escaso número, de jornaleros: «es un trabajador, no vive del producto de su propiedad sino del producto de un trabajo, su modo de vida es el de un asalariado. Si necesita tierra no es para extraer renta de ella, sino para ganarse la vida con ella»²¹.

El estudio —a través de las libretas de contabilidad de tres años consecutivos— de una explotación agrícola de tamaño medio, nos permite evaluar en toda su amplitud el carácter específico de la mano de obra de la familia campesina:

*Estudio de una explotación agrícola familiar.
La Pobra del Duc. Años 1976, 1977 y 1978*

Superficie y parcelación:

Superficie total (en hanegadas)	75 ¹
Nº de parcelas	15

Maquinaria y aperos (Valor en pts. según año compra):

Total valor	1.151.000 ²
-------------------	------------------------

Mano de obra (horas/pts.):

a) familiar:

	1976	1977	1978
Horas	4.041,5	2.373	4.718
Pts.	328.505	338.860	993.000

b) asalariada:

	1976	1977	1978 ³
Horas	15	—	574
Pts.	4.900	—	45.920

²¹ Opus. cit. p. 179.

Gastos (en pts.).

	1976	1977	1978
Fijos	71.267	84.800	89.000
Variables	137.269	150.039	419.355
Total	208.536	234.839	508.355

Ingresos por venta del producto (en pts.):

	1976	1977	1978
Prod. total bruto	863.063	279.882	2.680.030

Beneficios (en pts.):

	1976	1977	1978
B° «contable» ⁴	340.822	— 108.631	1.148.675
B° «real» famil. ⁵	718.077	— 278.979	2.190.426

Jornales familiares por cuenta ajena (en pts.):

	1976	1977	1978
Total	14.800	185.186	—

¹ En 1978, toma en aparcería, además de las 35 hanegadas que ya llevaba, otras 36 más y compra 15. En 1979, compra una parcela de 50 hanegadas (1 Ha. = 12 hanegadas).

² Incluye furgoneta, motocultor, pulverizador autónomo y tractor de 30 CV.

³ En su totalidad se trata de mano de obra asalariada para la comercialización familiar de uva.

⁴ B° «contable»: producto total bruto + jornales familiares por cuenta ajena (gastos + mano de obra familiar en la explotación).

⁵ B° «real» familiar: (producto total bruto + jornales familiares por cuenta ajena + amortización maquinaria + mano de obra familiar) — gastos.

Como ampliación de la información presentada en este cuadro podemos decir que, en 1976, tanto el volumen de la cosecha, como el precio alcanzado por el producto pueden considerarse como «normales»; durante ese año, el jefe de la explotación y las ayudas familiares se dedican casi exclusivamente al trabajo en sus

tierras, al tiempo que se ocupan en la comercialización familiar del producto, siendo prácticamente inexistente el empleo de mano de obra asalariada. En contraposición, al año siguiente, una fuerte helada va a esquilmar considerablemente la cosecha; para paliar la disminución de los ingresos procedentes de la explotación, los diversos miembros de la familia van a intensificar y diversificar su trabajo: por una parte, van a emplearse como jornaleros agrícolas (padre e hijo), en un comercio local (esposa) o realizando trabajos a domicilio (hija); por la otra, continúan trabajando en la explotación y comercialización familiarmente la escasa producción. En 1978, tanto el volumen de la producción, como los precios para ella obtenidos pueden calificarse de extraordinarios; la mano de obra familiar deja de vender su fuerza de trabajo y concentra sus esfuerzos en la explotación, que se amplía con tierras tomadas en aparcería y con otras compradas. El sensible incremento de la producción obliga a emplear mano de obra asalariada en el proceso de comercialización familiar. El aumento de los beneficios permite la adquisición y el pago de los primeros plazos, de 50 hanegadas (4,16 Ha.) de tierra.

La descripción de la contabilidad de esta explotación, nos permite mostrar una primera ventaja de la agricultura familiar: *su relativa inmunidad al alza de los salarios*. Si a los ingresos por la venta del producto se le deducen únicamente los gastos que suponen un desembolso monetario, una salida de dinero de la caja familiar, se entiende cómo tal beneficio posibilita mantener un nivel de vida medio —siendo el consumo familiar de unas 350.000 ptas. anuales—, sustentar y realizar considerables mejoras en la explotación. Si no es a través de este tipo de cálculos, resulta imposible comprender como se mejoran y amplían las explotaciones, se renueva constantemente la maquinaria agrícola y se adquiere un nivel de vida aceptable. Ciertamente es que se recurre con frecuencia a toda clase de préstamos, pero tampoco es menos cierto que, sin una relativa solvencia, dichos préstamos son inalcanzables. Es la utilización intensiva de la fuerza de trabajo familiar —en el trabajo asalariado por cuenta ajena, la comercialización familiar del producto, las tierras de aparcería y las parcelas propias—, la que hace posible tal capitalización y tales inversiones. En sólo siete años, la familia cuya explotación ha sido tomada como ejemplo, invierte en ésta más de seis millones de pesetas, entre compra de

maquinaria y compra de nuevas parcelas; además, amplía y renueva su vivienda, mejora su equipamiento doméstico, construye un amplio almacén para la maquinaria y aperos agrícolas, etc, etc.

Pero además, el caso presentado revela que la agricultura familiar presenta una segunda ventaja: *en caso de disminución del excedente agrícola, el agricultor puede obtener unos ingresos suplementarios sin alterar la marcha de la explotación ni reducir el nivel de consumo familiar*. Como lo único que realmente controla es su propia mano de obra y la de su familia, a ellas apelará en circunstancias adversas.

La actitud comunitaria tras la helada de la primavera del 77, proporciona un magnífico ejemplo a la afirmación que acabamos de hacer. En general, las ayudas familiares incrementaron masivamente el trabajo realizado fuera de la explotación: las mujeres hicieron todas las horas que les era factible en los almacenes locales de confección y manipulación de frutos y productos hortícolas —los cuales trabajan mayoritariamente con productos traídos de otros municipios más o menos cercanos—, los jóvenes marcharon a trabajar allí donde se les ofrecía un empleo temporal. Por su parte, los jefes de explotación, que sólo ocasionalmente vendían su fuerza de trabajo, se convirtieron durante parte del año en agricultores a tiempo parcial, empleándose como obreros agrícolas (con o sin maquinaria) o albañiles. Además, todas y cada una de las unidades productivas comercializaron familiarmente la escasa uva que creció tras la helada. Sin embargo —y esto es lo más significativo—, *no* se produjo una reducción del consumo familiar. Al reflexionar ante ésta inusitada reacción, los primeros sorprendidos fueron los propios habitantes del pueblo: «Mira, creíamos que los bares iban a cerrar; creíamos que las mujeres no irían a comprar a las tiendas, que pasaríamos con las cuatro patatas que hubiéramos recogido, las cuatro cebollas y los cuatro melones. Creíamos... ¿qué te diré yo?, que las tiendas de ropa no venderían, que muchas cosas no se comprarían, que no se harían obras (de construcción). Los albañiles estaban angustiados porque no tendrían faena, Bueno, y tu me dirás... nosotros sacamos no sé si 6.000 duros en total, y como nosotros, imagínate los demás. Los primeros días —yo hablo por mí misma— me sofoqué. Pensaba incluso en reducir los gastos que no fueran preci-

sos. Pero, a los cuatro días ví que era una tontería oprimirse... No se notó nada en las tiendas ni en ningún otro sitio. Al revés, oye, exactamente igual o peor. Yo no sé porqué, si es que te acostumbra a esa clase de vida y no puedes ir recortando, la cuestión es que las tiendas estaban llenas, los casinos estaban llenos, los albañiles no daban abasto. Exactamente igual, igual, igual»²².

Esta reacción de los agricultores de la Pobla de, frente a un mal año, intensificar el trabajo familiar pero no reducir el consumo, contrasta fuertemente con la idea preconizada por algunos de los grandes estudiosos del tema campesino. El mismo Chayanov afirmaba que «en los malos años la renovación del capital decae, *se reduce el presupuesto personal* y se eleva la autoexplotación del trabajo de la familia»²³. En un sentido más amplio, también Malassis afirmaba que, en las explotaciones familiares, existe «un conflicto permanente entre las necesidades de la explotación y las de la familia, y no necesariamente es la familia la que gana»²⁴. A este respecto, la reacción de las familias ante tal catástrofe climatológica, aporta un elemento de reflexión y análisis muy interesante por su novedad: cierto que, frente a un mal año, se intensifica el trabajo familiar; pero no necesariamente disminuye

²² «Mira, es pensaven que els bars anaven a tancar; es pensaven que les dones no anaven a comprar a los tendes, que haguérem passat en les quatre credilles que haguérem agarrat, les quatre cabes i els quatre melons. Es pensavem..., qué et diré jo?, que les tendes de roba no vendrien, que moltes coses no es comprarien, que no obrarien. Els obrers estaven sofocants perquè no tindrin faena. *Bueno* i tu em diràs... que nosaltres varem traure no sé si en gros 6.000 duros, i com nosaltres, imagina't els atres. Els primers dies —jo parle per mi mateixa—, em vaig sofocar. Pensava *inclús* llevar *gastos* que no foren precisos. Però als quatre dies vaig vore que era un *tontería* oprimir-se... Ni vares notar res en les tendes, ni res. Al revès, escolta, exactament igual o pitjor. Jo no sé perquè, si es perquè t'acostumes a eixa classe de vida i no pots ja anar tallant, le qüestió és que les tendes estaven plenes, els casinos estaven plens, els obrers no podien donar *abasto*. Exactement igual, igual», B.B., 30 años, 15 de Marzo de 1979.

²³ A.V. Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*; Nueva Visión, Buenos Aires, 1974, p. 264.

²⁴ L. Malassis, *Economie des exploitations agricoles: Essai sur les structures et les résultats des exploitations agricoles de grande et petite superficie*, A. Colin, París, 1958, p. 272.

su nivel de consumo. Antes bien, este tiende a asegurarse o mantenerse. La intensificación del trabajo familiar y el cambio temporal del sector ocupacional servirán de comodín ante tales circunstancias.

Lo novedoso del caso consiste no solo en la generalización de este tipo de reacción en el interior de la comunidad, sino en las circunstancias que los hacen posible. Dicho de otra forma, a medida que avanza y se consolida el proceso de industrialización-urbanización, se acelera la secular comunicación existente entre la ciudad y el campo, el cual se adapta cada vez más a las formas de vida urbanas. La incorporación de la comunidad rural a la sociedad de consumo es tal que, una vez conseguido un determinado nivel de consumo, difícilmente éste se puede reducir. En suma, estos datos son indicadores de que el consumo que actualmente caracteriza a la comunidad ha llegado a un punto de no retorno, y que su disminución, siquiera sea pasajera o circunstancial, aparece ya como *quasi* imposible. Pero —como veremos a continuación—, la intensificación del trabajo familiar, a la vez que permite la plena incorporación de la unidad campesina al consumo generalizado de bienes, hace imposible un amplio disfrute del ocio, puesto que incide de forma negativa en la disponibilidad de tiempo libre.

4. NIVEL DE VIDA Y OCIO

Si como indicador del nivel de vida se toma únicamente el consumo alcanzado, es fácil concluir que éste es elevado y equiparable al de las zonas urbanas. Pero si en él incluimos el ocio, elemento característico de la sociedad de consumo, tal conclusión aparece menos nítida. Aunque las actividades en las que la comunidad suele centrar su tiempo libre no se diferencian mucho de las de una zona urbana²⁵, si en la comparación incluimos las vacaciones, viajes de placer y tenencia de viviendas secundarias, el panorama cambia por completo. Según el informe FOESSA y para el año 1973, en el Estado Español disfrutaban de vacaciones un 49 % de la población. En contraste, en la Población (año 1979), únicamente el 6,61 % de los encuestados confesó gozar todos los

²⁵ Informe FOESSA, op. cit.

años de un período relativamente amplio y estable de vacaciones, mientras que un 75 % no las tenía nunca y un 17,64 %, sólo disfrutaba de ellas alguna vez. Este significativo dato se complementa con el escaso número de individuos que afirmaron haber hecho viajes de placer (un 27,94 %) y por las todavía más escasas familias que disfrutaban de viviendas secundarias —sólo un 4,41 % tienen chalet o apartamento—.

Tales datos son indicativos de que, en la Poblá, el aumento del nivel de vida no se ha visto acompañado de un incremento del tiempo de ocio. Las actividades que ocupan los días festivos y las ratos libres de los miembros de la comunidad son las normales en nuestra sociedad: discoteca, cine, relaciones sociales, televisión, etc. Pero cuando el tiempo de esparcimiento se amplía a períodos más largos, la «ruralidad» o «menor modernidad» se hacen patentes. Es un lugar común el que, la cultura urbana, valora el cultivo del ocio de forma más acusada que la rural. Sin embargo, ésta afirmación general es excesivamente simplista. En el caso concreto de la Poblá —tal y como veremos más adelante—, se valoran muy positivamente las «otras formas de vida» ligadas a modelos urbanos, caracterizadas especialmente por un mayor consumo de tiempo libre. Si el cultivo del ocio recibe en el pueblo una valoración positiva, ¿cómo es que no se ha producido un efecto demostración generalizado? Posiblemente, la existencia de ciertos valores comunitarios ha contribuido a neutralizar su influencia; en concreto nos referimos a la alta estima del trabajo y del esfuerzo personal. Sin embargo, las familias campesinas consideran las vacaciones, los viajes e incluso los *week-end* como un lujo inasequible. Pero no siempre es a causa de una falta de dinero, sino que ellos mismos lo achacan a las características de la producción agrícola. A este respecto, es elocuente el comentario de una mujer de la comunidad cuya posición económica puede considerarse de bastante acomodada: «(Entre los labradores)... hay quién los tiene, tiene apartamentos, pero los tiene cerrados, porque no tiene tiempo para ir. Pero..., si nosotros tenemos una «heredad» para ir a pasar quince días y no hemos ido nunca. ¿qué quieres más?»²⁶.

²⁶ «N'hi ha qui els té, té apartaments, però els té tancats, perquè no té temps per anar. Però... xel si nosaltres tenim una heretat ahí per a poder

El *decalage* existente entre el consumo de bienes y el ocio no se debe únicamente, al menos en el caso que nos ocupa, a la oposición entre valores urbanos/valores rurales, ni a una inferioridad de las rentas particulares. La explicación debe atribuirse, en parte, a una de las características específicas de la agricultura: la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo de producción. Como bien dicen Mann y Dickinson²⁷, una cosa es el tiempo de trabajo invertido en producir un bien y otra, el tiempo de producción consumido en la producción de dicho bien. Habría todo un período en el que el bien «inacabado» es abandonado al proceso natural. Lo que con ello se quiere expresar, es que el agricultor no controla, o controla solo parcialmente, ese proceso natural. Debe, por tanto, vigilarlo atentamente, lo que le impide variar y/o aumentar su tiempo de ocio.

Pero, por otra parte, y esto es lo que nos interesa poner de relieve, si bien la intensificación del trabajo familiar es la que ha permitido la mejora del nivel de vida comunitario —léase aumento de su capacidad de consumo—, también ha incidido negativamente en la mayor disponibilidad de tiempo libre. En primer lugar, la profunda remodelación sufrida por la agricultura desde los años sesenta ha supuesto, entre otras cosas, una acelerada especialización de los cultivos, que ha desembocado en el monocultivo de la uva de mesa, y un proceso de concentración de la tierra. La conjunción de ambos fenómenos, junto a la práctica inexistencia de obreros agrícolas, ha implicado un aumento considerable de la cantidad de trabajo necesario para llevar adelante la explotación familiar. Ciertamente es que la progresiva adopción de innovaciones tecnológicas libera una cierta cantidad de mano de obra en la agricultura; pero esta, en el caso de la Población, se ha reemplazado otra vez en el mismo sector, dada la asunción del pro-

anar a passar 15 dies i no hem anat mai. Vols més lluny?», A.R., 44 años, 27 de Julio de 1978. Nota aclaratoria: «heredad», gran finca de una sóla hoja que, tradicionalmente, se dedicaba al policultivo y donde se levantaban tanto viviendas para el amo y el casero, como toda una serie de construcciones anejas (bodega, almacén de granos y otras cosechas, etc.).

²⁷ A. Mann Dickison, «Obstacles to the development of a capitalist agriculture», *Journal of Peasant Studies*, Agosto, 1978, pp. 471-472.

²⁸ Para mayor información consultar J. Cucó i Giner, op. cit., cap. III, Parte I.

ceso de comercialización de la uva por la familia campesina. En segundo lugar, a causa de la creciente dependencia de los *inputs* industriales, del efecto demostración del consumo urbano y del estancamiento relativo de los precios agrícolas, los márgenes de beneficio de la explotación familiar han tendido a reducirse paulatinamente. Consecuentemente, la búsqueda de fuentes de ingresos complementarias a la explotación se ha generalizado y, hoy en día, son las ayudas familiares —mujeres y jóvenes— los que han asumido mayoritariamente aquellos ingresos que permiten ampliar sus expectativas de consumo.

Si la intensificación y diversificación del trabajo familiar es un hecho incontestable, si durante más de seis meses al año (Mayo-Octubre) el trabajo de cada miembro de la familia campesina supera con creces las ocho horas diarias, si durante el resto del año el cabeza de familia trabaja plena y preferentemente en la explotación —no desdeñando otros trabajos asalariados que eventualmente pudieran surgirle, mientras las ayudas familiares trabajan además fuera de ella tanto como les es posible—, ¿qué tiempo real les queda para el ocio? En ese sentido, es significativo el comentario de un informante referente al hecho de que ahora, a los habitantes del pueblo, les resulta más caro ver una corrida de toros por la televisión que comprar una entrada de barrera. El tiempo es enormemente valioso, puesto que una hora «perdida» en el disfrute personal es un tiempo precioso que roba a un trabajo del que se obtienen sustanciosas y seguras ganancias, las cuales permiten llevar una vida más cómoda, acorde con los nuevos tiempos. El simple hecho de hacer la colada a mano es ya un recuerdo del pasado, pues la mayoría de las mujeres tienen lavadora. Pero como nos decía una de ellas, esa comodidad la pagan bien cara, en horas de esfuerzo y de trabajo intensivo, haciendo «más horas que un despertador».

En definitiva, con el reforzamiento de la comunicación campo-ciudad, la sociedad rural adopta y hace suyos los modelos de consumo urbano. Pero, para poderlos llevar a la práctica, debe aumentar sensiblemente su tiempo de trabajo, lo que a su vez impide el disfrute de uno de los elementos que, la cultura urbana, preconiza y hace deseable: la ampliación del tiempo de ocio. De ahí, que la satisfacción que proporciona la incorporación a la sociedad de consumo vaya acompañada de la insatisfacción que pro-

duce su carácter parcial e incompleto. Si la creciente asimilación de los modelos urbanos homogeneiza la vida rural y urbana, la llamada cultura del ocio establece nuevas diferencias entre ambas. Pero también, esa cultura del ocio genera nuevas diferencias en el interior de la comunidad pues, a la par que la agricultura sufría una profunda remodelación, surgían en el pueblo nuevas fuentes de riqueza ligadas a actividades no agrarias, las cuales permiten gozar de otras formas de vida más acordes con los modelos imperantes, en las que sí tiene cabida un mayor disfrute del tiempo libre.

5. EL DISFRUTE DEL OCIO: UN NUEVO ELEMENTO DE DIFERENCIACION INTERNA

Aunque la agricultura es una actividad común a la inmensa mayoría de los habitantes del pueblo, no es ni mucho menos fuente única de ingresos y de trabajo. Además de una fábrica textil²⁹, existen otras industrias locales: una dedicada a la confección de ropa y otra de fundas de guitarra, bolsas y accesorios de deporte³⁰; una fábrica de cajas y envases de madera, otra de vidrio y una tercera de ladrillos y terrazo; dos bodegas de elaboración de vinos y licores —una particular y otra cooperativa—; hay también dos grandes almacenes de comercio de frutos y, por lo menos, otros tres más pequeños, y más de cincuenta establecimientos abiertos al público. Añadiendo los especialistas no agrícolas (electricistas, fontanero, etc.), la población activa de los sectores industria y servicios supone el 36% del total (según Padrón Municipal de 1975). Este bloque se halla estrechamente imbricado con la estratificación original de base agraria puesto que, salvo contadas excepciones, la mayor parte de las familias ligadas

²⁹ Dicha fábrica, que funciona hace 4 ó 5 años, pertenece a un industrial de Alcoy, y en ella, trabajan un total de 60 hombres en dos, e incluso tres turnos diarios, hombres que en su inmensa mayoría tienen menos de 25 años de edad.

³⁰ La primera ocupa a 9 mujeres y también pertenece a un industrial alcoyano, mientras que la segunda es de un vecino del pueblo y da trabajo a unas 50 personas, la mayor parte de las cuales son mujeres jóvenes que realizan la faena en su propio domicilio.

a tales actividades poseen tierras, las cuales explotan personalmente, excepción hecha de los empresarios locales, que utilizan mano de obra asalariada.

Presentada de forma muy esquemática, la estratificación social comunitaria se caracteriza, por una parte, por un amplio bloque de población compuesto fundamentalmente de agricultores a tiempo parcial (*xicotets llauradors*), medianos propietarios que redondean su explotación con tierras en aparcería y eventualmente hacen algún jornal para otros (*llauradors mitjans*), especialistas no agrícolas y pequeños comerciantes, todos ellos en compleja y estrecha imbricación. En su interior, si bien se pueden presentar diferencias relativamente marcadas en cuanto a ingresos económicos, estas no se traducen ni en un distinto nivel de consumo ni en amplias diferencias de *status* y poder. Quedan fuera de él los empresarios locales y los relativamente «grandes» propietarios agrícolas (*llauradors forts*), cuyo capital e ingresos, *status* y prestigio parecen ser en principio más elevados. Y decimos en principio, porque no necesariamente el mayor volumen de capital e ingresos se halla superpuesto a los indicadores de un superior *status* social y de prestigio.

En la comunidad, el trabajo es considerado como la base del éxito y ésta es una de las bases sobre las que se asienta el prestigio social. Gracias al incesante trabajo, unas cuantas familias han adquirido una óptima posición: han adquirido grandes fincas, puesto en marcha industrias y comercios locales, comprado coches, maquinaria agrícola, electrodomésticos, etc, etc. Son precisamente sus tierras, fábricas y grandes almacenes los factores objetivos que hacen, que a todos ellos, se les califiquen de *rics*. Pero, en la realidad, *llauradors forts* y empresarios locales no son considerados igualmente *rics*. O dicho de otra manera, no gozan del mismo prestigio y *status* social. Porque hay trabajos socialmente más «rentables» que otros, ya que permiten vivir de determinada forma, más en consonancia con los esquemas urbanos.

Hoy en día, al menos a nivel local, y a diferencia de otras épocas, una propiedad relativamente extensa de tierra no conlleva de forma automática un tipo de vida diferente al común de las gentes. Antes bien, dada la generalización de la agricultura familiar y la práctica inexistencia de asalariados agrícolas en la localidad, cuanto más amplia es una propiedad, más intensa y con-

tinuada debe ser la dedicación que se le otorgue. Por esa razón, no se considera *ric* al que más tierras posee, ya que vive cualitativamente peor que otros con menor propiedad: «Mujer, los ricos del pueblo, son, materialmente, aquellos que tienen más fincas. Estos hombres son más ricos porque tienen más propiedad. Pero no pueden vivir mejor que otro que es menos rico, porque son esclavos del trabajo. Son más ricos materialmente, pero en la situación actual no pueden emplear mano de obra asalariada; alquilan cuatro jornales, pero no pueden alquilar (más), sino se comen la finca y no tienen nada que hacer. Lo único que hacen es mecanizarse al máximo, ¿comprendes? Pero así y todo, se han de obligar a trabajar más que aquel que tiene menos finca. Entonces resulta que por ser más rico no vive mejor, no, vive castigado, porque le obliga la faena»³¹.

Como vemos, se define al *ric* como aquel que posee más tierras, es decir, al *llaurador fort*. Pero la mayor extensión de la propiedad no le confiere una calidad de vida superior. Al contrario, la escasez de mano de obra, unida a los elevados salarios, le impiden emplear habitualmente jornaleros. Su única alternativa es mecanizarse al máximo. Pero aún así, si quiere mantener su propiedad, debe obligarse a trabajar infatigablemente, convirtiéndose en un esclavo del trabajo. Justamente en este aspecto el que hace que, pese a ser materialmente *ric*, no se le considere como tal: «¿Tú consideras rica a una persona que tenga que trabajar y que no pueda descansar porque tiene que trabajar? ¿Tú consideras rica a una persona así? Yo no. La considero más pobre que otra. Porque uno que un domingo puede tener fiesta, ese es más rico que otro. Y esas personas (las que tienen más fincas), lo mismo los hombres que las mujeres, tienen que irse a medianoche

³¹ «Dona, els rics del poble són, materialment, aquells que tenen més finca. Estos homens són més rics perquè tenen més propietat. Però no poden viure millor que l'ale que és *menos* ric, perquè són més esclaus de la faena. Ells són més rics materialment, però no poden llogar en la situació de vui; llogaran 4 jornals, però no poden llogar més, si no es mengen la finca i no tenen res que fer. L'únic que fan és mecanitzar-se al màxim, comprens? Però aixina i tot, ells s'han d'obligar a treballar més que aquell que té *menos* finca. *Entonces* resulta que per ser més ric no viu millor, no perquè viu més castigat, perquè l'obliga la faena». C.N., 29 años, 5 de septiembre de 1978.

a trabajar y volver a las tantas de la noche. Porque si emplearan (asalariados)... se comerían todo lo que sacan de la tierra o... la tendría yerma. Por eso digo yo que no hay ricos. Hay trabajadores ricos»³². En pocas palabras, la vida que llevan los agricultores prósperos de la comunidad —y valga la redundancia— no es vida. Siempre trabajando, de día y de noche, domingos y fiestas. Eso sí, tienen buenas viviendas en las que existen todo tipo de comodidades, y extensas fincas, pero no disponen de tiempo para disfrutar de todo ello, ni siquiera se pueden permitir el tomarse unos cuantos días de descanso anuales. Por eso, sin excepción, a pesar de que podrían adquirirla, ningún *llaurador fort* tiene vivienda secundaria. ¿Para qué comprarla si no la van a poder disfrutar? De ahí que no se les considere *rics*. Lo son, pero menos. Son *rics* en propiedades, pero pobres en calidad de vida, o dicho de otra forma, son *treballadors rics*.

Si el *status* social y de prestigio de los *llauradors forts* es inferior, lo tiene que ser —al menos en principio— respecto a otros con una posición económica semejante, los empresarios locales. Como bien puntualizaba un joven informante: «ahí debería hacerse (la distinción entre) dos clases de *rics*. Los *rics* de... muchas tierras, que viven mucho peor que ésta gente (los empresarios), porque tienen que trabajar más y todo el rollo, y los *rics* tipo padre de..., «Rigo»... (todos ellos empresarios locales). Ellos disfrutaban, no trabajan (al menos como lo hacen los primeros, puesto que todos llevan personalmente la gerencia de sus respectivas empresas). Ellos se van en coche, se van a la discoteca, se van de comilona, se gastan tanto y cuanto. Ahí ya hay un nivel de vida, y por ahí ha empezado lo de los apartamentos (en la playa), lo de

³² «Tu consideres ric a una persona que tinga que treballar i no puga descansar perquè té que treballar? tu consideres rics a una persona aixina? Jo no la conside. Jo la consideremés pobre que una atre, Perquè *uno* que un diumenge puga tindre festa, aixé és més ric que l'alre. I eixes persones (els que tenen més terra), igual les dones que els hòmens, els costa anar-se'n a mítja nit a treballar, i vindre a quines hores de la nit. Perquè si llogaren... és mengem tot el que trau de la terra o... ho tindrien erm. Pero això dic jo que no n'hi han de rics. N'hi han de treballadors rics», C.V., 24 de Abril de 1979.

las vacaciones, (todo) lo que aquí nunca se había podido ni soñar»³³.

Los empresarios locales gozan de un nivel y, sobre todo, de una calidad de vida impensable para el común de los agricultores, inclusive los más acaudalados. Estos se hallan atados a la tierra. Tienen un enorme capital invertido en tierras y unos ingresos brutos elevados. Pero si quieren continuar manteniendo su posición económica, deben mejorar sus fincas constantemente y ampliarlas. Para ello, no sólo deben invertir una parte considerable de los «beneficios» —lo que les impide *gastar com rics* en cosas que se salgan de las simples necesidades cotidianas (joyas, coches lujosos, etc.)—, sino faenar más que el resto de los agricultores sin permitirse un momento de reposo, lo que a su vez las imposibilita *viure com a rics*. Aquellos, en cambio, entran y salen cuando quieren del pueblo, se van de juerga y de parranda *fuera* del pueblo, tienen vacaciones y compran apartamentos para disfrutarlos con su familia. En otras palabras, el empresario local gasta y vive como un *senyoret*, es decir, invierte tiempo y dinero en su esparcimiento y disfrute personal. Goza, en definitiva, del ocio.

Ambos parten de una misma base: de un éxito en la tarea emprendida, cuya clave —o al menos una de ellas— es la capacidad de adaptación e iniciativa y el esfuerzo personal, éxito que se traduce materialmente en sus respectivas fincas y empresas. pero el *status* social y el prestigio que les confieren éstas son muy diferentes. Y en esa situación desigual, es el *llaurador fort* el que se encuentra en posición inferior, pues no puede disfrutar del producto de sus bienes conforme marcan las pautas urbanas.

Si se tiene en cuenta dicho factor, el descenso de prestigio y de nivel de *status* no solo afecta a los *llauradors forts*, sino a los agri-

³³ «Ahí ja havia de e (la distinció entre) dos classes de rics. Els rics de... molts bancals, que viuen molt més pitjor que esta gent, perquè tenen que treballar més i tot el *rollo* i els rics tipo pare de..., «Rigo»..., (tots ells empresaris locals). ells disfruten, ells no treballen. Ja ells se'n van en un cotxe, se'n van a la discoteca, se'n van de soparot, es gasten tant i quant. Ahí n'hi ha un nivell de vida, i per ahí ha escomençat lo dels apartaments, lo de les vacances, que ací en la vida, ni ensomiar-ho», C.V., 20 años, 23 de Julio de 1978.

cultores en general. Y ello con respecto a todos aquellos que se dedican a actividades no agrarias. Son estos los que, aparte de gastar más en objetos «no cotidianos», tienen más tiempo libre, disfrutan del ocio e invierten en él dinero y tiempo. El salir frecuentemente fuera del pueblo a comer, a cenar, a pasar el fin de semana, el realizar con cierta regularidad algún viaje de placer, comprar un apartamento en la playa o construirse un chalet en los alrededores del pueblo, es un «lujo» al que sólo algunos de los que tienen tales actividades se pueden permitir. Lujos que se han convertido en criterios fundamentales de definición y adscripción de *status*, los cuales determinan a su vez situaciones de prestigio. La creciente importancia de los factores procedentes del sistema exterior y urbano, ha supuesto el descenso de otros ligados al sistema tradicional, en especial la propiedad de la tierra.

6. A MODO DE CONCLUSION

La expansión industrial ha intensificado y reforzado la secular comunicación existente entre la ciudad y el campo, donde se produce una paulatina pero creciente orientación hacia el exterior y una adhesión generalizada hacia las formas de vida de la sociedad urbana e industrial. La apertura al consumo *en* el exterior se hace casi total y los modelos urbanos de vivienda y equipamiento doméstico, de consumo de bienes y de disfrute del ocio se conviertan en dominantes. El efecto demostración de los nuevos hábitos y necesidades que están siendo creadas continuamente por la sociedad global, tiene efectos tan amplios y tan profundos sobre la sociedad rural que no solo quiebra su tradicional inhibición frente al consumo, sino que llega a impedir una reducción de éste cuando circunstancias adversas producen una dramática disminución de los ingresos procedentes de la explotación familiar.

A medida que se asumen las pautas y modelos urbanos, se hacen más patentes los límites que, a su total asimilación, imponen las características específicas de la producción agrícola. El aumento de los ingresos familiares, del que dependen la mejora del nivel de vida y de consumo, sólo puede alcanzarse mediante una diversificación e intensificación del trabajo que la familia cam-

pesina realiza. Pero tales «respuestas» pueden incidir negativamente en el disfrute de otro elemento que la sociedad industrial y urbana hace deseable: la mayor disponibilidad de tiempo libre para el ocio. De esta manera, se pone de manifiesto lo insatisfactorio que, en términos genéricos, tienen las condiciones de vida de los agricultores, respecto a las de aquellos que se dedican a las nuevas actividades no agrarias.

Paralelamente, los signos externos relacionados con el nuevo modo de vida son valorados positivamente, y, hoy en día, la extensión de la propiedad, el volumen de gastos e ingresos, etc, sólo se convierten en índices de *status* o de pertenencia a un grupo superior si se remiten colectivamente a un estilo de vida, que se resume en la fase *viure com a ric*. Es decir, ya no es suficiente ser rico —lo que tradicionalmente implicaba tener muchas tierras—, sino que hay que vivir como tal: disfrutar de la vida, vivir bien, invertir tiempo y dinero en distraerse y divertirse, y gozar de toda clase de comodidades. Precisamente, los que no pueden permitirse ese nuevo modo de vida, de la que el cultivo del ocio es parte fundamental, son los agricultores que trabajan directamente sus tierras y practican una agricultura de tipo familiar. La tierra «esclaviza» al campesino, sea cual fuere el tamaño de su explotación, ocupa todo su tiempo libre y acapara una parte considerable de sus ahorros.

Josepa Cucó i Giner
El Mareny, Agosto de 1981

